

Nuestro Instituto, precisamente por definirse marxista y por tanto situarse en la perspectiva de la clase trabajadora, no permanece ajeno a los acontecimientos que la afectan. Hoy, en particular, se trata de los tambores de guerra, de la guerra imperialista contra los trabajadores y los pueblos. Tambores que nunca han callado ni podrían hacerlo porque forman parte consustancial del capitalismo, pero que en el momento actual vuelven a sonar con tanta fuerza como en las peores ocasiones.

La situación actual es de la máxima gravedad. Ya nadie puede sostener seriamente ilusión alguna en nuevos desarrollos de las fuerzas productivas bajo el capitalismo, cuando cada vez más se constata la sistematización de su destrucción. Esta destrucción, impuesta a través del ajuste permanente del FMI, consiste especialmente en la destrucción del valor de la fuerza de trabajo del que dependen las condiciones de la mayoría de la población, que son los trabajadores.

En la huida hacia delante que supone hoy la anacrónica supervivencia del capitalismo, los mecanismos destructivos se extienden también al terreno bélico. Se arrasa así con el componente social del gasto público y se restringen derechos y libertades democráticas, como vemos hoy en Europa, donde desde las instituciones de Bruselas se trata de imponer las órdenes del capital financiero dominante que es el estadounidense, a las que se subordinan todos los que aceptan el corsé de la UE y el euro.

En este contexto, las direcciones de algunas organizaciones de origen obrero se aprestan a colaborar en nuevas escenificaciones de “union sacrée” al estilo de la del 4 de agosto de 1914 que facilitó el paso final a la Primera Guerra Mundial. Frente a ello, nuestro Instituto, reclamándose de la mejor tradición de la clase obrera organizada de forma independiente de todo compromiso con las instituciones del capital (como la de aquellos otros dirigentes y organizaciones que no cedieron en 1914), de forma acorde a su fin de promover el análisis del capitalismo y sus implicaciones, abre una línea de trabajo en torno a la guerra.

La inauguramos con un breve artículo que publicamos como una invitación a la discusión, que desde una perspectiva marxista no es ni puede ser retórica, sino necesariamente conectada con su objetivo final: aportar elementos teóricos a la intervención política organizada de la clase trabajadora, única vía posible para abrir una salida a la grave situación actual, digna de este nombre. En los próximos meses iremos publicando sucesivamente más documentos, procedentes tanto de la historia del movimiento obrero como de nuestras investigaciones y elaboraciones.

*Junta Directiva del Instituto Marxista de Economía
Madrid, diciembre de 2015*

Explotación, imperialismo y guerra

Xabier Arrizabalo Montoro

Ningún fenómeno social es ajeno a la exigencia de rentabilidad que rige el capitalismo. Pero pocos fenómenos están más intrínsecamente asociados al capitalismo que la guerra. La ganancia que permite la rentabilidad de la que vive la clase capitalista no cae del cielo, sino que procede de la explotación de la clase trabajadora, de la plusvalía que se la extrae mediante el no pago de todo el trabajo que realiza. Ésta es la razón por la que resulta de todo punto imposible conciliar los intereses de ambas clases. Por eso la lucha de clases no es una idea sino la expresión de la realidad

material en que se asienta el capitalismo, la mencionada explotación. Tras la generación de la plusvalía viene su reparto entre los capitalistas, en plural, que compiten ferozmente por apropiarse cada uno de ellos como ganancia individual una fracción suficiente de dicha plusvalía. Esta competencia excluye asimismo toda posibilidad de un capitalismo regularizado, pacífico, estable.

El capitalismo no es sólo contradictorio, sino crecientemente contradictorio: como explica Marx en *El Capital*, la rentabilidad tiende a caer como resultado del propio proceso de acumulación capitalista. Y para compensar esta tendencia, en última instancia sólo hay un método: aumentar la explotación. Es decir, el aumento de la explotación, que se materializa en la desvalorización de la fuerza de trabajo que amenaza nuestras condiciones de vida, es una exigencia de la rentabilidad. En su trayectoria histórica el capitalismo hizo posible, aunque no de forma idílica (imposible en una sociedad clasista), un considerable desarrollo de las fuerzas productivas. Pero desde hace ya más de cien años esa posibilidad desaparece, pasando el capitalismo a un nuevo estadio histórico: el estadio imperialista. Este estadio lo caracterizó Lenin en 1916, en su obra *El imperialismo, fase suprema del capitalismo*, explicando la configuración del capital financiero como agrupación bajo unas mismas manos de grandes masas de capitales, cada vez más monopólicas e internacionalizadas.

En ese marco, la pugna entre los capitales financieros de las principales potencias, respaldadas militarmente por sus estados respectivos para la búsqueda de mercados, permite entender por qué la guerra forma parte constitutiva del capitalismo, especialmente cuando las dificultades de la acumulación conducen cada vez más a crisis (y además, el gasto militar es fuente de negocio en sí mismo), proceso analizado por Rosa Luxemburg en *La acumulación del capital*. El propio Lenin resumía las consecuencias del imperialismo en la fórmula “crisis, guerras y revoluciones”. Hoy, como sabemos, esa fórmula sigue plenamente vigente, en todos y cada uno de sus tres elementos. Las crisis o, cabe decir, la crisis crónica del capitalismo, así como las guerras acompañan necesariamente a este modo de producción obsoleto. Y en consecuencia, las revoluciones o, mejor dicho, el hilo de continuidad de la revolución permanente que plantean Marx y Trotsky, se presenta como una necesidad imperativa.

Porque la pugna competitiva de los capitales no sólo excluye toda posibilidad de desarrollo estable sino que, llegado el capitalismo a su estadio imperialista, desemboca inevitablemente en unas tensiones cada vez mayores sobre las fuerzas productivas. Como explica Trotsky en el *Programa de Transición*, no se puede depositar ya ninguna ilusión en nuevos desarrollos de ellas, ya que “han cesado de crecer”. Al contrario: su destrucción se extiende y profundiza. Es la desvalorización de la fuerza de trabajo, impuesta con el ajuste fondomonetarista, pero no sólo. Es la destrucción misma de las naciones, la destrucción de toda base democrática.

En el caso de Europa en particular, esto se presenta bajo la subordinación al imperialismo estadounidense (sellada en 1949 con la creación de la OTAN) que enmarca el origen institucional de lo que hoy, irónicamente, se autoproclama como “Unión Europea”, cuando no es sino el principal instrumento para la tutela de EEUU. Como se refrenda en la guerra de Ucrania. Pero no sólo en Europa, también en Afganistán, Irak, Libia, Siria...

* * *

Hemos partido de que la conexión entre la explotación, el imperialismo y la guerra es indiscutible. El modo de producción capitalista asentado en la explotación de la clase trabajadora y sobre la que se despliega la pugna competitiva entre capitales, adopta

históricamente, de forma inevitable, un estadio imperialista en el que las tensiones sobre las fuerzas productivas son cada vez mayores. En particular a través de la guerra.

Así se ha verificado desde finales del siglo XIX, culminando en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), ante la que la mayor parte de la socialdemocracia internacional, rompió su independencia de clase optando por apoyar los créditos de guerra, es decir, por poner la economía al servicio de la guerra. Entre las excepciones, Jean Jaurés en Francia, finalmente asesinado; el Partido Socialista Italiano pese a que Mussolini, que era uno de sus dirigentes entonces, batalló a favor de entrar en la guerra y sectores de la socialdemocracia alemana encabezados por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Pero sobre todo, la corriente bolchevique (dirigida por Lenin) y la corriente internacionalista (impulsada por Trotsky) de la socialdemocracia rusa, lo que abrió el camino al triunfo de la revolución (a diferencia de Alemania, en donde también fue estimulada por la devastación bélica pero acabó derrotada).

La guerra tampoco decantó la pugna interimperialista. Así, apenas diez años después la economía mundial desembocaba en una nueva crisis. La llamada "crisis del 29" que en realidad se extiende durante todos los años treinta, cuando el capital acaba recurriendo a su forma más extrema, el fascismo (Alemania, Italia, España, etc.), para tratar de doblegar la resistencia de la clase trabajadora. Pero ni siquiera la destrucción de la crisis es suficiente para sanear la acumulación capitalista, que sólo se logrará, parcial y limitadamente, a través de una destrucción mucho mayor: la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Pero sólo gracias a la colaboración de las direcciones de las dos corrientes mayoritarias del movimiento obrero, la socialdemocracia y el imperialismo -sellada en las conferencias de Yalta y Postdam- para comprar la paz social con una serie de concesiones. Lo que a menudo se llama, de forma bien engañosa, "Estado del bienestar". Porque no fue un estado consensuado, sino un conjunto de conquistas obreras que el capital se vio obligado a aceptar ante el riesgo de los estallidos revolucionarios, como los que ya se extendían por Europa entonces. Es engañosa porque sólo se trató de un "bienestar" relativo, al estar sometido a la limitación severa de que no comprometiera la rentabilidad. Y porque tenía fecha de caducidad, ya que sólo era factible en ese momento tan excepcional, gracias al enorme espacio de ganancia generado por la guerra y la consecuente desvalorización de la fuerza de trabajo (en Alemania por ejemplo, los salarios de 1953 seguían siendo un 25% inferiores a los de 1933).

Pero además la Segunda Guerra Mundial sí decanta la pelea por la hegemonía burguesa, entronizando al imperialismo estadounidense como dominante (mientras la producción en Francia o Japón se reduce a la mitad durante la guerra y en Alemania a un tercio, en EEUU se duplica ampliamente aumentando un 114% e incluso sale de la guerra con dos terceras partes de todas las reservas mundiales de oro, lo que le permitirá imponer al dólar como moneda mundial, "*as better than gold*": tan buena como el oro) y el FMI y el BM como garantes de dicho dominio, habilitados institucionalmente para injerir en los demás países. Pero esta dominación también requiere de la base militar que contribuya a cerrar la subordinación de los demás países. Y en particular de Europa, cuya reconstrucción EEUU financiará a través del Plan del General Marshall, de acuerdo a los intereses del capital financiero estadounidense y en buena parte con fondos de origen europeo. La gestión de este plan será encomendada a la OTAN, tras su constitución en 1949, y la propia normativa de él impone el origen del llamado "proceso de integración europeo", con la constitución de la CECA en 1951 y la CEE y el EURATOM en 1957. De hecho, la subordinación al imperialismo estadounidense de la actual UE (que no es ni unión ni

europea, ni podría serlo en el marco del capitalismo) procede de su mismo origen (como se aprecia incluso en las propias biografías de sus principales líderes: Monet, Schuman, Briand, Spaak, Kohnstamm...). Y se refuerza en la actualidad, como se expresa con toda claridad en la “troika”, que no es sino el caballo de Troya para la tutela directa de la política económica en Europa por parte de su FMI.

* * *

La trayectoria histórica del capitalismo revela que la necesidad de la guerra para el imperialismo no sólo no desaparece ni se atenúa, sino que se intensifica, como se comprueba hoy con toda claridad, siempre con el trasfondo de la lucha por los mercados y contra todo gobierno que exprese en alguna medida los intereses de la clase trabajadora. Son las “guerras de baja intensidad” como contra Chile en los primeros setenta o contra Venezuela en la actualidad.

Por el mismo hecho de que las guerras no son acontecimientos excepcionales en el capitalismo sino que, por el contrario, necesariamente forman parte de su trayectoria y cada vez de una forma más aguda, tras la Segunda Guerra Mundial apenas transcurren meses hasta el estallido de nuevas guerras, como las de Indochina, Palestina, Corea, etc. Y asimismo innumerables conflagraciones hasta el periodo actual, cuando en la propia Europa hemos padecido las guerras contra Yugoslavia o Ucrania. Con un denominador común en todas ellas, que es su trasfondo económico, sólo comprensible a la luz de las exigencias de la explotación y competencia por los mercados que rigen la acumulación capitalista, particularmente destructiva desde el arranque de su estadio imperialista con el inicio del siglo XX.

En el marco de la huida hacia delante del capitalismo que caracteriza dicho estadio, que expresa sus contradicciones cada vez más agudas, la competencia entre los principales capitales financieros del mundo, respaldados por sus potencias imperialistas respectivas, conduce inevitablemente al conflicto, revelando la imposibilidad de toda ilusión de un capitalismo más o menos pacífico. En este contexto el estallido de la crisis mundial en los primeros años setenta revela el carácter ficticio de la supuesta “edad dorada” del capitalismo tras 1945. La herencia que recibe el imperialismo estadounidense entronizado como dominante se define antes de nada por su inestabilidad, lo que se muestra con claridad en el hecho de que desde dicha crisis no se haya podido encontrar ningún periodo merecedor de ser calificado de expansivo y, de hecho, la destrucción de fuerzas productivas es cada vez más sistemática. Destrucción verificada en primer lugar y sobre todo en la desvalorización de su principal componente, la fuerza de trabajo (que ése y no otro es el contenido de las políticas de ajuste permanente del FMI y las instituciones a su servicio como la UE).

Actualmente el gasto en armamento se estima en una cantidad próxima a los dos billones de dólares, más de un 2% del PIB mundial (cerca de 80 billones de dólares). Este dato ilustra con claridad el negocio que supone la economía de armamento. Como explicaba Rosa Luxemburgo en *La acumulación del capital* en 1913, “*el militarismo es también, en lo puramente económico, para el capital, un medio de primer orden para la realización de la plusvalía, esto es, un campo de acumulación (...) asegura, a costa de las condiciones normales de vida de la clase trabajadora, tanto el sostenimiento del órgano de dominación capitalista -el ejército permanente- como la creación de un magnífico campo de acumulación para el capital (...)*”. Pero añadía que “*al llegar a una cierta altura, las condiciones de acumulación se transforman para el capital en condiciones de su ruina*”. Porque el capital no tiene ni podría tener un plan b.

Tampoco hay relevo para Estados Unidos en su condición de potencia dominante, por más que se hayan propuesto muchos supuestos candidatos, en particular a China últimamente, hipótesis que ya comienza a desinflarse ante su debilidad vinculada al lugar subordinado que ocupa en la economía mundial. Como también ocurre, a su manera particular, con Europa y particularmente Alemania, cuya subordinación se expresa en particular en la actuación de la troika, caballo de Troya para la tutela de la política económica aquí por EEUU a través del FMI. La participación respectiva en el gasto mundial en armamento es muy elocuente: la de Estados Unidos alcanza entre el 35 y el 41% según las fuentes (SIPRI e IISS respectivamente), mientras la de China, pese a su población que es más del cuádruple que la estadounidense, apenas supone el 12% y la de Alemania menos del 3%.

Pero no es solamente la guerra en la forma bélica clásica, sino también la guerra que a escala mundial el capital financiero dirigido por el estadounidense tiene emprendida contra la clase trabajadora. Y que toma forma en las políticas de ajuste permanente mencionadas y particularmente en el combate contra todo gobierno que trate de garantizar en alguna medida las condiciones de vida de la población. Se revela así la imposibilidad de toda perspectiva de “capitalismo bueno”, refrendada en la dramática situación que observamos cada día en Europa en torno a los refugiados provocados por la guerra en Siria y otros países de la región, cuyo derecho de asilo es atacado, mostrando nuevamente el carácter de la UE.

Volvemos a Rosa Luxemburgo: *“la guerra constituyó el factor imprescindible del desarrollo capitalista (...) Desde la perspectiva de la clase capitalista (...) el militarismo se ha hecho hoy imprescindible (...) El impulso del desarrollo capitalista ha convertido al militarismo, también, en enfermedad capitalista”*. La conclusión para los trabajadores es inequívoca: debemos rechazar firmemente no sólo la guerra, sino también toda colaboración con sus causantes.